

desenvuelva su vida. En modas literarias, como en teorías político-sociales, como en su ciclo fisiológico, la mujer verdadera evolucionará siempre de acuerdo con un ritmo no *solar* o *anual* sino esencialmente *mensual* o *lunar*: un ritmo reflejado, no directo. Porque todo en ella, empezando por su organización sexual, por su papel sexual pasivo y no activo, receptor y conceptivo más bien que engendradora y emisor, todo en la mujer tiende más bien a *conservar*, a cultivar amorosamente en su seno, con el riego de su propia sangre, la simiente varonil—ya sea intelectual o fisiológica—, que a crear o engendrar nuevos valores de vida. Por eso mismo, acaso, es ella la primera en advertir de lejos el peligro. En actuar como freno. En retener al hombre en una vía equivocada. Porque sólo ella presiente de antemano, con su fino magnetismo de médium, de druidesa, de pitonisa en contacto siempre con la Naturaleza,—Madre también—sólo ella presiente oscuramente el contenido antihumano, antisocial, destructor o simplemente inarmónico, que para el mundo puedan encerrar determinadas teorías apriorísticas de los varones. Y esto en todos los órdenes; pero muy particularmente en el terreno literario.

Así, mal pudiéramos extrañarnos de la nueva boga que ha venido adquiriendo en estos últimos tiempos ese neo-clasicismo que para muchos representa el gongorismo garci-lorquiano; para otros, la cuasi-prosa ruda y sencilla de cierto vanguardismo «proletario»; para otros, por último—y especialmente para las poetisas, para nuestra Claudia Lars entre otras—el retorno decidido a cierta simplicidad o humildad casi franciscana, casi helénica, casi becqueriana en la forma poética: pese a la aparente contradicción incluso en semejantes términos.

Característica esencial de esta nueva modalidad, es el abandono general de la rima aconsonantada, el «bijou d'un sou» que decía Verlaine; y la predilección, en cambio, por la asonancia exclusivamente vocálica. Aquella antigua asonancia castellana—la misma del Romancero del Cid, celosamente conservada hasta el día por nuestra lengua, única tal vez, con la posible excepción provenzal, de entre todas las lenguas europeas. A esta novísima y antiquísima afición por la asonancia, en gran medida ha contribuido sin duda la ya apuntada boga del romance, achacable según dejó dicho, al extraordinario talento personal de García Lorca. En este aspecto, resulta muy curioso—después de la preeminencia concedida en *Estrellas en el Pozo* al consonante en general y aun a esa forma «aguda» de él que es el soneto—: resulta, digo, curiosísimo constatar en esta *Canción Redonda*, no ya una preferencia decidida por el romance y otras formas asonantadas, sino sencillamente una total ausencia de todo soneto, y aun de toda rima consonante. Ausencia que extendida como está a todas las páginas del libro, por fuerza debe considerarse como voluntaria y sistemática. Y en esto consiste precisamente ese carácter de *síntoma*, de regreso más o menos consciente hacia la tradición clásica, que en mi concepto puede y debe atribuir-

sele a este desprecio por la rima. Sobre todo si se toma en cuenta la existencia en el libro, aparte de los romances, de ciertos «versos de pie quebrado», más o menos modernizados, pero innegables; de estrofas combinadas, no sólo de alexandrinos y heptasílabos, sino de endecasílabos y heptasílabos, reminiscentes de la clásica «silva» castellana; y hasta en cierta ocasión—muy feliz por cierto—de positivas *Rimas* (sic) a la manera de Bécquer.

Con lo dicho, y para no cansar al lector, basta ya por ahora de técnica poética.

\*\*\*

... Y con todo, repito, no son los romances lo mejor que hay en el libro. Perfectos y acabados como lo son todos en su género no constituyen, por ningún concepto, lo más hondo, lo más alto, lo más espiritual: no son, en una palabra—para mi gusto al menos—lo más Poético. Porque la Poesía verdadera, la Poesía con mayúscula, según yo la entiendo, debe tender a transformar radicalmente, a transmutar, a transfigurar y transubstanciar totalmente el alma misma de los hombres. La poesía verdadera debe identificar y elevar conjuntamente, en una trascendente comunión mística, el alma del lector y el alma del Poeta. La Poesía verdadera no es, no debe ser un mero juego de niños. Tampoco es ni debe ser un mero «juego» musical: un juego elegante, armonioso, melódico y fluido, como un solo de flauta bajo la luna. La verdadera poesía es, para mí, algo profundamente serio, doloroso y desgarrador: lamento de violín ante la sangre última del sol. Algo que desgarrar materialmente la espesa corteza de la carne para que por la desgarradura pueda penetrar, con las palabras del poeta, el Mensaje del Espíritu: el viento violento de lo Alto «que sopla adonde quiere», moldeando y agitando las almas, sacando mundos de la nada. Por eso atribuyo la primacía en este libro a otro género de poemas, entre los cuales descuella decisivamente, por su contenido espiritual, su sencillez y su virtud emotiva, el ya mencionado *Arbol de Sangre*. Porque este poema—entre otros del mismo género, como el *Mensaje que no Espera Respuesta*, la emocionante *Canción de Media Noche*, la *Canción del Recuerdo Intacto* y otros más que mencionaré más adelante—, este poema trae verdaderamente un Mensaje de lo Alto para todos los que han amado, para todos los poetas y artistas, y en general para todos los hombres. Pero tiene además el mérito de su perfecta adaptación sintética al tono general de la obra. Tónica de amor inquieto y doloroso, purificado progresivamente por el auto-sacrificio, que se ve correr a lo largo de

*Método predilecto el de César era el de hacer política indígena y progresar de tribu en tribu, empleando las unas contra las otras.*

(Nota sacada del libro *Historia de Inglaterra*, por André Maurois. Ediciones Ercilla. Santiago de Chile. 1937).

todas las páginas, acendrándose gradualmente, hasta culminar en la última. Allí, después de la serena *Antifona del Amor Inmutable*—en ciertos aspectos lo más perfecto y definitivo del libro—; después de la valiente *Canción de Otoño*, con su recia estrofa final:

*Cuando termina el canto en una boca,  
en otra boca empieza.  
¡Y del lodo podrido se levanta  
la nueva primavera!*

y después, sobre todo, de esa admirable *Canción del Adiós que se Presiente*, en la que vuelve a surgir—ya más diáfanaamente alquitaraada en lágrimas—aquella misma sangre de aquel *Arbol*; allí, después de todo esto, que bien pudiera representar el ciclo total de una vida: allí, digo, en esa última página, en esa *Canción del Alma que Comprende*, Carmen Brannon ha comenzado a comprender, místicamente, la lección de la Vida. A comprender, y a comprenderse: una sola y misma cosa. Porque allí Carmen Brannon, desprendiéndose finalmente de todo lo terreno y material, de todo lo que hasta hoy aherroja y oprime a su alto espíritu, ligándole y atándole a ese potro de tormento que es su propia carne, su propia vida, su propia personalidad pequeña y dionisiaca de faunesa y de druidesa: allí Carmen Brannon ha disparado por primera vez la alta «flecha de su anhelo, rompiendo la tiniebla», hasta lo más alto y augusto del Reino de los Cielos.

Allí, por fin y de una vez para siempre, después de tanto bregar con el amor y el dolor; después de tanto cantar y tanto llorar y tanto amar, allí por fin Carmen Brannon ha dejado de ser Carmen Brannon; y se ha transmutado y transfigurado, totalmente, en *Claudia Lars*. Allí la poetisa se ha convertido en el Poeta. Allí la mujer se ha transformado en el Hombre: es decir, en el Ángel. Y allí, en ese Tabor sublime de su transfiguración final, allí «sus vestiduras—como las de Cristo—son blancas como la nieve blanca, y su faz resplandece como el sol».

Porque allí esplende el Espíritu a través de todas las vestiduras de la carne. Y he aquí que, de pronto, tal como vuela entero el mar en alas de la brisa, he aquí que llega hasta nosotros el soplo de una fragancia lejanísima. ¡Y es que el Arbol de Sangre ha florecido al fin!

El Arbol del Sacrificio ha florecido. Ha florecido místicamente, el Bálsamo. Ha florecido, allá arriba, en lo más alto de la Noche.

Hasta la copa inmensa de la sombra, penosamente, dificultosamente, dolorosamente, ha subido la savia de su sangre. Por las oscuras y tortuosas raíces; por el tronco áspero y nudoso; por las potentes ramas retorcidas; por todo el vasto y sombrío follaje, hasta la Copa libre que cubre al mundo y se confunde con la Noche, ¡ha subido la savia de su sangre!

Y ahora es su sangre la savia misma del Arbol de la Noche.

Ahora toda su sangre, «transfigurada en florecencia viva», ¡toda su sangre es ya una sola floración de estrellas!

Y así todos nosotros—¡Dios lo quiera!—todos nosotros floreceremos algún día.